



EL HOMBRE, SER DE VIVENCIAS E IDEALES:
trazos alrededor de la obra de Mijail Malishev



HOMENAJE

Roberto Andrés González Hinojosa
Coordinador

**El hombre, ser de vivencias e
ideales: trazos alrededor de la
obra de Mijail Malishev
(Homenaje)**

**Roberto Andrés González Hinojosa
Coordinador**

Primera edición: 2018

© Roberto Andrés González Hinojosa

© Editorial Torres Asociados

Coras, manzana 110, lote 4, int. 3, Col. Ajusco

Delegación Coyoacán, 04300, México, D.F.

Tel/Fax 56107129 y tel. 56187198

editorialtorres@prodigy.net.mx

Esta publicación no puede reproducirse toda o en partes,
para fines comerciales, sin la previa autorización escrita
del titular de los derechos.

ISBN: 978-607-98251-5-7

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
EL INCESANTE EMPEÑO DE LA PREGUNTA POR EL HOMBRE Y LA IDEA DE LA FILOSOFÍA EN LA OBRA DE MIJAIL MALISHEV <i>Roberto Andrés González Hinojosa</i>	7
EL AFORISMO: EL RAYO QUE RASGA LOS CIELOS <i>Josué Manzano Arzate</i>	25
PREMISAS PARA EL PENSAR, A PROPÓSITO DE LA OBRA DE MIJAIL MALISHEV <i>José Antonio Chávez Ramírez</i>	41
MALISHEV Y EL ARTE DEL DOLOR <i>Ricardo Quiroz Rodríguez</i>	51
MIJAIL MALISHEV, LA SABIDURÍA DE MUNDEAR CON IRONÍA COMO ACTITUD ANTE EL EXISTIR <i>José Luis Álvarez Lopeztello</i>	67
IMPRESIONES, AFORISMOS Y SISTEMA: UNA PERSPECTIVA ACERCA DE LA OBRA DE MIJAIL MALISHEV <i>Pedro José Hinojosa Gutiérrez</i>	79
CINCUENTA AÑOS DE AFÁN EDUCATIVO <i>Herminio Núñez Villavicencio</i>	93
ALGO MÁS SOBRE LA MADERA RETORCIDA. LA AFORÍSTICA DE MIJAIL MALISHEV <i>Marco Antonio Urdapilleta</i>	109

EL PENSAMIENTO DEL DR. MIJAIL MALISHEV <i>Martha Dolores Delgado Wise</i> <i>Javier de la Fuente Rocha</i>	119
EN GRATITUD A MIJAIL MALISHEV KRASNOVA <i>Óscar Juárez Zaragoza</i>	133
MIJAIL MALISHEV, EL AMIGO, FILÓSOFO Y HUMANISTA <i>Pedro Canales Guerrero</i>	145
ENTRE DOS CULTURAS: LA TRAYECTORIA DE VIDA Y LOS HITOS CREATIVOS DE LA OBRA DE MIJAIL MALISHEV, PROFESOR DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES DE LA UAEM <i>Entrevista realizada por Manola Sepúlveda Garza</i>	153

ALGO MÁS SOBRE LA MADERA RETORCIDA. LA AFORÍSTICA DE MIJAIL MALISHEV

Marco Antonio Urdapilleta¹²³

*"Pero siempre el desengaño fue pasto de la prudencia,
delicias de la entereza"*

Baltasar Gracián

Mijail, luego de diez años, y de un detenido trabajo de depuración, preparó la segunda edición de *No solo del sentido común vive el hombre*, con el subtítulo de *paradojas, máximas y dichos irónicos*. Es una obra filosófica que por varias razones atrapa. Una, quizá la más superficial, es por la renuncia a las ricas pautas de la sistematicidad; es el soslayo de los modelos que podrían llamarse, no sin cierta inexactitud, "canónicos" de la reflexión metódica de la academia. En lugar de este amparo queda una reflexión más personal e incluso, más expresiva. Y aquí el camino escogido por Mijail es el que a grandes rasgos se le llama aforístico. La suya es una aforística congruente con el mundo contemporáneo porque opta por aguzar el decir de la disconformidad. Por supuesto no hay una relación causal entre el laconismo y la visión inconforme; la correlación está en el arte de encontrar o, como dirían los retóricos, "inventar", las voces ocultas de lo tácito, y las fragilidades y ligerezas del consenso que soporta el sentido común mediante el estricto ejercicio de la brevedad perspicaz.

Y para alguien cuyo acercamiento a la filosofía no ancla en el saber del especialista, sino que busca en esta

¹²³ Dr., en Letras Latinoamericanas, profesor Investigador en la facultad de Humanidades de la UAEM.

forma de quehacer una reflexión con la cual dialogar sobre experiencias, revelaciones, vivencias vitales, el libro de Mijail permite un acercamiento a tópicos que de otra forma pueden resultar abstrusos. El gancho es la subjetividad de la vivencia encerrada en el excipiente indispensable del ingenio. Así, los aforismos de Mijail permiten sentir y acercarse a la cotidianidad del pensar; a la experiencia de una mente adiestrada en las viñas de la filosofía, atenta no solo a los sistemas y categorías que han guiado y nutrido su quehacer filosófico, sino también al fluir de los hechos cotidianos y vivencias que admiten otras formas de acercamiento reflexivo. Así, sin pensar en forma alguna que el libro de Mijail sea una mera divulgación de su pensamiento sistemático, pienso que es una meditación sobre uno de los soportes de la vida más mirados: el sentido común y sus conflictos que envuelven a la esperanza, a la fe, al amor, al destino... Es un filosofar a ras de tierra que encuentra en la antinomia oculta, la paradoja, en el sentir irónico y ante todo en el humor, un asidero no tan seguro como el que da la sistematicidad académica.

La aforística de Mijail no discurre tan solo en torno al necesario y racional ajuste con la realidad que implica el sentido común; quizá más tiempo le dedica a las dificultades derivadas de los excesos del ajuste que lleva a las rutinas y los automatismos siempre tranquilizantes, acaso complacientes y en ocasiones excesivos (aunque el sentido común nunca sobra). Es aquí donde Mijail explora los vacíos, declives, absurdos y malformaciones que modelan nuestro sentido común; acaso podríamos pensar en contradicciones inherentes.

Ocupado y resguardado por su previa reflexión sobre las distintas vivencias humanas, Mijail se propone explorarlas ahora desde el convencimiento que proviene de un sobrio escepticismo que persigue reconciliar la atención de su mirada con las palabras justas, acto que logra sin el cobijo del sistema. No de otra manera se me ocurre que es un filosofar que trata los aspectos cruciales que dan sentido a la vida a la

manera del *scrupulum* que molesta en el zapato y obliga a su decir. Asoma, entonces, una obra integrada no por una opción que sigue la fluidez del ir por la vida a través de una cadencia verbal que no apunta a la cohesión ni a la exposición sistemática. Es este, pues, un pensar fragmentario, subjetivo, por ningún motivo ajeno al discurso filosófico.

El fragmento es una forma de escritura frecuentada por escritores y filósofos. Pero no pienso en el fragmento que es mero vestigio arqueológico de una totalidad o una pieza de un rompecabezas a la que es necesario encontrar y poner en un determinado lugar para hallar la unidad, la totalidad. Tampoco se trata de una de las formas de la dicotomía entre la parte y el todo, en la que el hallazgo de un fragmento lleve a la totalidad e implique que se necesita de uno para explicar al otro. El fragmento, en este caso, no reconstruye una totalidad porque ésta no existe. Necesariamente solo la posibilidad del todo obedece a una selección de las piezas sin el criterio de la coherencia. Lo que sí puede constatarse es la forma en la que Mijail ejerce el proceso de la escritura fragmentaria, que sin duda lleva la marca soltadiza de su época y su visión reflexiva del mundo.

En efecto, el fragmento en el que pensamos no está contenido en la semántica del verbo latino *frangere* que designa ‘quebrar’ o ‘romper’. No hay ruptura de un todo, sino múltiples elementos independientes reunidos acaso por algunos trazos temáticos que Malychev los colocó como ordenadores de lectura. Por eso, a falta de un entero *in absentia*, al cual debemos proponer hacer llegar en nuestra lectura, Mijail opta por conceder al lector algunos ejes temáticos que en forma de subtítulos de sección funcionan como claves que orienten nuestra lectura, y estas claves casi siempre están ancladas en una perspectiva evaluativa como lo dejan ver los subtítulos: “añicos morales”, “muecas del amor” o “peripecias de las ilusiones”, “antinomias de la esperanza”. En efecto, al tratarse de una escritura y un texto intencional y necesariamente fragmentado los conectores lógicos, argumentativos o narrativos entre los

elementos quedan en la mente del lector, quien no asume la tarea de desfragmentar, sino seguir el predominio de la discontinuidad de la forma y la casi necesaria lectura aleatoria. Sin embargo, nuestro lector debe justificar el fragmento con la brevedad asociada a la agudeza del decir y del catar. Lo demás nos lo recuerda don Baltazar Gracián con la densa y arriscada prosa de sus saetas apiladas en torno al arte de la brevedad:

La brevedad es lisongera, y más negociante; gana por lo cortés lo que pierde por lo corto. Lo bueno, si breve, dos veces bueno; y aun lo malo, si poco, no tan malo. Más obran quintas essencias que fárragos; y es verdad común que hombre largo raras vezes entendido, no tanto en lo material de la disposición quanto en lo formal del discurso [...] Lo bien dicho se dize presto.

El segundo aspecto que me atrae es la materia del libro asociada a la exploración por el mundo del sentido común. Va, justamente, más allá de él, en el encuentro de las antinomias y contrasentidos que lo alejan de la rutina, lo paradójico, diría Mijail. Por eso su aforismo intenta la disrupción o, como lo señala John Gross, precisa de ser “una máxima subvertida”, pues la máxima es, estrictamente hablando, un “pensamiento establecido”. Mijail lo deja ver desde el título de su obra que parodia el versículo bíblico que dice “No con sólo del pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios”¹²⁴. Dicho con otras palabras, apunta sin más a la idea de que tras la indispensable necesidad de lo material se halla también la necesidad espiritual; y es en ella en donde radica la trascendencia del ser humano. Veamos esta pista.

La frase “No sólo del sentido común vive el hombre” alude esencialmente al buen sentido o la sensatez; es una capacidad que tienen las personas para enfrentar la vida con

¹²⁴ Mateo 4:4

acierto y hasta con profundidad. Sin duda es crucial para la buena vida. Pero por qué reflexionar en torno a algo que está más allá del sentido común. En un plano muy terrestre podría pensarse que sucede porque el sentido común está sujeto a prueba, y casi siempre es rebasado por los lados y en distintas direcciones, para bien y para mal. La filosofía, la literatura y en general los saberes humanísticos y científicos también fluyen contra el sentido común cuando tras él advierten el parapeto de la ignorancia, la estupidez o el hábito inútil. De este combate en parte, provienen las paradojas, las ironías y las antinomias que observa Mijail con su aforística.

La aforística siendo parte de la familia de formas breves del discurso gnómico o lapidario une el decir y el ingenio, lo incisivo y el laconismo y contiene formas muy diversas, y Mijail aprovechó algunas. En ocasiones, se acerca al proverbio —una forma de refrán culto—, como al adagio, frases breves y sentenciosas, que bajo la forma de consejo muestran el modo de comportarse en la vida: “No te quejes del destino; quizás, al destino le esté prescrito soportarte”; o “cuidate de aquél cuyo Dios no soporta el sentido del humor” que parodia a Timoteo (4, 15): “**Tú también cuidate de él**, pues se opone vigorosamente a nuestra enseñanza”. Por supuesto en varias ocasiones la formulación de Mijail cuenta no solo con la novedad del contraste paródico, sino que revela nítidamente la ironía: *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*, que puesta con letras menos doradas dice: “Soy un hombre; y que nada humano me es ajeno”. Sin condescendencias con esta frase culminante del humanismo Mijail hace su variación: “Hombre soy y ningunos sentimientos diabólicos me son ajenos”.

Y aunque la aforística de Mijail parece negar, por principio, la sentencia, considerada como frase breve, de carácter obvio e irrefutable, qué puede decirse de casos como este: “El hombre es el único animal que puede enojarse consigo mismo y hasta morir por esta causa”; y relativiza la máxima, entendida como una frase breve, de

carácter incontestable y de índole moral: “¡Sé tú mismo!”, si todo el mundo siguiera este lema, algunos se cubrirían de pelos y en su frente crecerían dos cuernos”.

Es claro que Mijail no acude exactamente al dicho, por lo menos en su formulación tradicional entendida como expresión paremiológica introducida o concluida por la fórmula “como dijo X”, ni al refrán; pero juega con el lema y pudiera acaso rosar el epitafio, y la consigna, y no es del todo ajeno a la blasfemia si en su enunciación la brevedad y el ingenio dan el tono.

Veamos ahora hacia dónde va la aforística de Mijail. Si bien tradicionalmente el aforismo ha sido considerado como una frase sentenciosa de índole doctrinal que presenta de manera muy breve —“capsular”, se ha dicho— algún principio, ley o regla no siempre lleva esta dirección. Con frecuencia es una instrucción que proviene de alguna ciencia o disciplina como la jurisprudencia o la pedagogía: “La letra con sangre entra”, “explicación no pedida, acusación manifiesta”. Sin embargo, el género ha evolucionado por derroteros más amplios. Sólo así puede decirse que Malychev participe de la aforística, pues es claro que trata de evitar las reglas generales, que soslaya el carácter inapelable de las directrices morales y que con frecuencia recurre al disimulo y la sorna de la ironía ante este tipo de desplantes educativos.

Esta preferencia, muy acorde con los tiempos que ahora vivimos, lo lleva al terreno de la paradoja y la ironía, a una reflexión cuyo papel contestatario con respecto a lo ya dado por el sentido común es más que evidente. En efecto, para Mijail el sentido de la idea de aforismo (del verbo griego *aforízein*, “separar” “definir” palabra que proviene de *óros*, esto es, mojón, hito) es ante todo un llevar más allá el sentido de la palabra (*logos*), esto es cargarla de significado para rebasar las postraciones del hábito. No persigue, pues, edificar, y menos recetar unas buenas dosis de moralina, sino reflexionar sobre el sentido o los avatares de la vida, particularmente induciendo y observando la con-

tradición. Es una invitación a escudriñar la red de contrasentidos y afinidades excluyentes que coronan la vida, sus pertinaces ambigüedades, sus dislates y paradojas. Se trata, llanamente dicho, de quitar el bastón del hábito al lector para que aguce su entendimiento. Mas no rige un espíritu de contradicción permanente que lleva a las supuraciones ácidas al estilo de La Rochefoucauld.

Por otro lado, la idea de que el aforismo está circunscrito a una disciplina, es por completo ajena a Mijail, aunque evidentemente su perspectiva refleja su vocación al pensar, y si acaso pueda hablarse de un sentido disciplinario, éste anida la Filosofía y la Literatura. En el hablar lapidario de Malychev están presentes el afán de brevedad, la síntesis, que busca condensar la experiencia en unas cuentas palabras. También se halla la agudeza, que debe ser entendida como lo dice Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* a propósito de la palabra “agudo”: “Dícese principalmente del hierro con que cortamos a punzamos y de cualquier otra cosa que corte en esta manera. Transfiérase al alma, y decimos al que tiene ingenio sutil y penetrante”, dicho con un tono más moderno la agudeza es la fuerza expresiva y/o conceptual.

En la brevedad, que siempre agradecemos, siempre mana un obstáculo, lo que los retóricos llamaban la *obscuritas*, la “obscuridad”, cualidad considerada como vicio que afectaba el sentido claro (*perspicuitas*) de la palabra o de la frase. Mijail es consciente de este riesgo y opta, como él mismo lo dice, por el laconismo, sin embargo —en la medida en que no pretende dar lecciones morales ni intenta afán pedagógico alguno (fomentar algún deber ser), sino expresarse ante el lector— la ambigüedad no está ausente, pese al afán de claridad que persigue el aforismo. Así, con toda certeza, si Mijail nos preguntara a todos los que aquí estamos acerca del sentido de alguno de sus textos con probabilidad tendríamos diferencias, que podrían variar desde los matices afines hasta interpretaciones encontradas. El lector siempre propone sentidos, es activo. Es el riesgo

inminente de la brevedad y de la invitación a la reflexión, y es más una virtud que un defecto. Es el gran reto que afronta esta aforística.

En efecto, la agudeza también bordea por la obscuridad, tan apreciada por el conceptismo barroco, como medio de escabullirse de la banalidad, de la repetición de la banalidad de lo obvio, de lo ya dicho. Sin duda alguna, nadie puede ostentar el decir novedoso continuamente, ni el poeta surrealista lo alcanzó totalmente en sus asociaciones en estados ajenos al fluir normal de la conciencia. Es más, esa libertad del decir en muchas ocasiones sólo conduce al cliché expresivo necesario soporte para la falta de vocación poética. Sin embargo, sí puede haber una manera diferente de decir lo ya dicho y esto genera un estado en el que lo trivial del sentido común queda incompleto, como lo recuerda Gracián: “una misma verdad puede vestirse de muchos modos”. Hablamos entonces de profundidad y de revelación de lo obvio, de lo gastado por el comercio de lo cotidiano, o de la resolución de una dificultad. Pero, fundamentalmente, pensamos en una reflexión personal sobre la vida; una deliberación que rehúsa a circunscribirse a los límites del sistema porque es evidente que el lenguaje cumple aquí para Mijail Alexiévich una función expresivo-emotiva que se dirige a traducir la experiencia vital de manera impresionista, tal vez sin una preocupación excesiva —tal vez obviando— las ataduras del largo razonamiento.

Esta capacidad de develar, de desautomatizar la percepción del mundo o de reconstituir lo obvio más allá de su propia elocuencia pleonástica, debe mucho al frecuente manejo de la paradoja de Malychev. Muy justificado está entonces la palabra en el subtítulo de su obra. La paradoja implica ante todo una alquimia verbal que no necesariamente serían tropos, sino figuras de pensamiento que acuden a la alquimia verbal por medio del contraste. Esta operación “mágica” o más precisamente, retórica, hace que dos ideas opuestas hasta cierto punto irreconciliables, se reúnan, ya con fricciones o incluso cordialmente, hasta el punto de

que parezca que no hay ninguna propuesta antitética en el fondo, bien pensada. Lo absurdo, entonces, deja de serlo y queda entonces como se ha definido a las paradojas: la "opinión contraria a la opinión" o como lo recuerda Gracián, "son las paradojas monstruos de la verdad"; aunque, por supuesto, por su novedad antinatural invitan a la glosa.

Por último, me gustaría arriesgar una afirmación en torno a un trazo que más allá de lo temático construye el *ethos* del autor, la figura que se construye el autor a través de su discurso con intenciones persuasivas. Su característica más evidente es un escepticismo bastante temperado que evita las desazones con el humor; así, no anida el padecimiento ni la antipatía en las reflexiones de Mijail Alexievich, sino una distancia cordial y tolerante, que intuye con certeza que la vida está haciéndose, que la vida tiene muchos sentidos, que es compleja, y que vivir es también destino. Incluso podría pensarse que en varios aspectos y momentos hay un humorista, alguien que capta ciertos aspectos de la realidad humana con ludismo. No hay carnavalización, caricatura ni sátira. Se erige el *ethos* de Mijail desde una casi simpatía tolerante y comprensiva, pues siempre recuerda la naturaleza torcida del ser humano.

Además, siguiendo a Marcos Victoria, tal vez la característica más reseñable del humor es que construye una "filosofía no sistematizada" que de igual forma que la ironía devela contradicciones y muestra de manera preponderante la faceta cómica, risible, de la naturaleza humana. Pero eso sí, estas revelaciones en el *ethos* humorístico cuentan con el gesto afable, pues de una u otra forma al mostrar las imperfecciones del ser humano le restan pesadez al desvalorizarlas. Por esta razón puede ser un buen remedio para la desilusión ya que, precisamente, no permite formar la ilusión. Unos cuantos ejemplos ilustrativos traslucen su humor: "El celoso es un mártir de la sospecha: su talento lo dotó de enorme imaginación erótica"; "Antes del matrimonio el novio le regalaba flores a su novia: al convertirse en marido, empezó a comprarle frutas y ver-

duras". Y también su humor puede tener la gracia del chiste: "Casi todas las mujeres se maquillan, incluso las más bellas. ¿Esto significa que quieren ser diabólicamente bellas?"; o el matiz irónico apenas oculto: "De la declaración de alguien quien usted dice que le quiere, no se desprende que sólo le quiera a usted" y "los enamorados suelen utilizar los adverbios 'siempre' y 'jamás' –siempre te amaré, jamás te abandonaré– sin entender que la eternidad es solo cuestión de tiempo".

Puedo celebrar que el libro es variado en meditaciones y sensaciones, que los matices del humor sosiegan congojas y desilusiones con la sonrisa afable... e incluso con el amargo de la sorna.

Un fuerte abrazo para Mijail, profesor por más de 50 años, muy querido amigo por compartir la vida y su saber durante 20 años.